

Sabiduría e ignorancia.

*“Un hombre puede ser destruido
pero no derrotado.”*

—Ernest Hemingway.

Era justo ese breve lugar del tiempo en que el sol parece querer renunciar a su descanso e intenta luchar contra el avance imparable del manto suave y tupido de la noche. Era justo antes del momento fugaz en que el faro lunar derrama su luz fría, haciendo palidecer el océano verde del viejo bosque de Muniellos y durante ese instante los moribundos rayos de Helios tiñeron de otoño el piélago de copas ondulantes.

Era esa ocasión exacta en que hasta el granar del entonces parece tornarse más lento. El peso del atardecer invita a variar el paso, respirar quedo y dejar que la arena del reloj, en vez de correr veloz, resbale ahora sedosa, libre del lastre de la prisa, dando oportunidad a que las cosas sucedan a su propio compás, sintiendo su propio latir natural y pausado.

Aquel atardecer, igual que todo lo bello, se hizo sentir fugaz y como todo lo bello hizo que cualquier cosa que lo siguiera no lo pareciera tanto y sin embargo la noche nació preñada de belleza. Bella y extraña como una joven viuda, como si la oscuridad, apenas rota por el lejano destello de las estrellas, quisiera ocultar la imagen de algo aún más oscuro que, oculto en el corazón del bosque, se disponía a aprovechar la ausencia de la luz para sus secretos designios.

Sólo el final agudo de la atalaya osaba romper por entre las copas de los vetustos robles que le daban cerco, no tenía entrada alguna y sus únicas aberturas al interior

estaban en su cumbre: Cuatro breves ventanucos sin marco ni vidriera, orientados a los cuatro puntos cardinales que daban paso al escaso espacio interior.

En el centro de la estancia un caldero borbollaba mansamente sobre un fuego que trenzaba arabescos anaranjados sobre su tiznada panza metálica, alimentado eternamente por unos leños de tejo anciano que de forma inaudita ardían sin consumirse jamás.

A la luz del fuego hechizado, las sombras se deshacían en cabriolas imposibles y revelaban imágenes fugaces del interior de la estancia que mostraba sus paredes tachonadas de viejos libros dormitando sobre estantes derrotados bajo su peso milenario. Una castigada mesa, invadida por redomas y artefactos mullidos por el manto de polvo que dormitaba sobre ellos, ocupaba buena parte del poco espacio disponible. No se aparecía por lado alguno cama ni jergón y tal se antojaba que su solitario ocupante no gastaba de su tiempo en el dormir por no hallar donde hacerlo, mientras que un veterano sillón, tan olvidado y polvoriento como el resto de los escasos enseres, presidía y completaba el magro ajuar de aquel oscuro lugar.

De entre las sombras la figura ajada del mago surgió como un espectro, sujetando entre sus manos consumidas una cristalina bola que depositó con diligencia sobre una pequeña peana preparada para el caso en el ventanuco que oteaba el Oriente, por donde se empezaba a adivinar el destello albo de la Luna llena.

La encogida figura dio un paso atrás mientras esperaba ansioso enjugando sus manos marchitas entre su barba escarchada por el tiempo y el estudio. Conforme el silencio denso desgranaba los minutos, la pálida faz lunar acabó por colocarse en su cenit y su brillo terminó por dejarse capturar en el cerco reluciente de la esfera,

iluminando la cara apergaminada del discreto espectador, haciéndole salir bruscamente de su arrobo mientras su herrumbrosa voz bramaba:

—Selene, la de la estirpe de titanes, fría señora del oscuro reino de las sombras, guardiana silenciosa del poder que sólo debe ser conocido por la memoria de los guardianes silenciosos del saber. A ti recurro en nombre de los Hijos de Milé, por el poder de las Siete Hermanas y las lágrimas oscuras derramadas durante siglos por mi casta de druidas, yo invoco tu poder. Vierte tu mirada brillante sobre esta gota inmaculada y dale el poder de mostrarme aquello que deseo ver. Convierte el nítido cristal en espejo de mis anhelos, que tu poder atraviese el espacio y refleje en el gélido humor del vidrio a quien quiero ver, muéstrame a mi Némesis.

Al instante el corazón de la esfera pareció avivarse y vibrar al son del conjuro para a continuación hacer imagen de la luz y crear sobre sus entrañas invisibles sombras y figuras, fantasmas que a los huidizos ojos del mago tomaron formas conocidas y hablaron sólo para sus oídos de iniciado.

Podía ver con claridad la imagen de una hacienda mal encalada y algo abandonada aunque no pobre. En el dormitorio principal un hombre demacrado agonizaba rodeado de apenas media docena de familiares y allegados que lloraban su inminente pérdida, pudo escuchar sus llantos y ante aquella escena de dolor la cara del nigromante se tajó cruelmente con algo parecido a una sonrisa.

Contempló el malvado con regocijo como el doliente hacía testamento, recibía los óleos y como tras tres días de desmayos y penares pasaba a mejor vida. Para cuando el curso imparable de la errante luz siguió su camino, apagando los espectros que se arremolinaban en el interior vítreo del mágico globo, la encorvada figura del hechicero ya bailaba celebrando su victoria, alumbrado ahora sólo por la rojiza luz de la hoguera

fantástica daba la semejanza de ser un viejo trasgo diabólico enloquecido que aullaba en solitario viendo a su mayor rival aniquilado.

Tras tantos años de voluntario encierro en aquel torreón, maquinando la perdición del pobre infeliz, al fin lo había conseguido. Y no fue un trabajo sencillo derrotar a alguien a quien no se le podía achacar más que nobleza, valor y generosidad, pero él lo consiguió. Los años se impusieron al júbilo vil y le hicieron detener su danza desenfrenada entre resoplidos de precoz agotamiento. Rebuscó ansioso una añosa calabaza que guardaba en su interior el néctar que había reservado para la ocasión, lo escanció en un polvoriento cáliz y se dejó caer en el olvidado asiento para degustar a la par el licor y el recuerdo de su tenebrosa gesta.

Recordó el momento lejano en que cobijado por las sombras sus artes nublaron los sentidos de los que rodeaban al incauto, torció su entendimiento para poner a casi todos en su contra. Hizo que mientras estuvo ausente en una de sus salidas le arrebataran sus posesiones más preciadas pasto de las llamas. Cuando otra vez huyó de aquel lugar, donde ya nada quedaba para él, en pos de su verdadero destino, le hizo víctima de la burla ciega de nobles y plebeyos, engañados sin esfuerzo por su ciencia maligna. Donde sólo se podía encontrar honestidad, él les hizo ver motivo de escarnio, donde había un corazón valiente él lo trasmutó en cosa de risa y aquel que tan sólo quería ayudar al desvalido fue blanco de pedradas y mofa vil.

Y aún así no fue tarea baladí el acabar con aquella alma ajena al desaliento, a su agudo entendimiento nunca le fue extraña la verdad, él fue al único al que no pudo engañar jamás y en viendo que sus tragedias eran sin duda fruto de sus artes malignas redoblaba sus tareas con más ánimo si cabe. Lo mismo daba que trasmutase invencibles gigantes en vulgares molinos o regios yelmos dorados en groseras herramientas de

barbero. A los ojos de las gentes, cegadas por su magia, eran locuras de trasnochado caballero, sólo su víctima reconoció la mano oculta detrás de las calamidades que le perseguían sin tregua y para su desdicha y desesperación su noble acero nada podía contra su poder lejano e invisible que oculto desde su inaccesible torre no daba tiempo al descanso con tal de buscar su ruina.

Cayó en la bellaquería más vil y despiadada para alcanzar sus propósitos. Si, aún traspasado por la vergüenza había de reconocerlo. Fue él y no otro quien trasmutó la belleza sin par de Dulcinea en la tosca apariencia de moza pueblerina. Sin duda es la parte de sus asuntos que menos le gustaba recordar, pero era de justicia decir y reconocer que la más hermosa dama siempre fue tal y que su aspecto de villana no resultó sino de uno de sus más bajos encantamientos. Mucho debió sufrir el caballero al ver a su amor tan maltratado de porte y de semblanza, pero de su sufrir sacó él los ánimos para desfigurar la imagen de la que sin duda ha sido la más bella dama que los tiempos han visto ni han de ver.

En un arrebato de ingenio pergeñó el plan de susurrar en los sueños de aquel escritor de comedias fracasado las desdichas de tan maltrecho caballero, para que dejara que la tinta rancia de su pluma pusiese su maltratado nombre y sus desgracias al alcance de cualquiera, para que su nombre fuera corrido por doquier, arrastrado tanto por villanos como por señores y fuera motivo de chanza cruel, para que aquel que buscaba la gloria sólo encontrara la burla y su nombre, durante la breve vida que se le antojaba tendría aquella fábula grotesca, se convirtiera en semejante de todo lo ridículo y absurdo.

Y fue él, ¿quién lo dudaría?, el que arrimó fuerza al corcel del Caballero de la Blanca Luna y sorbió arrestos al noble Rocinante. ¿De qué otra forma algún otro

caballero hubiera podido aventajar a semejante titán y su cabalgadura? No, ya erró al confiar en el Caballero de los Espejos, al que una vez batido en noble contienda, apenas tuvo tiempo de transmutar en la apariencia del bachiller Sansón Carrasco para confundir a Don Quijote. En aquella segunda y notable ocasión no estaba dispuesto a consentir que el buen hacer del Caballero de la Triste Figura saliera victorioso en aquel lance. Él fue el puente que robando los bríos al noble bruto del de La Mancha, los regaló, dándole más alas que a Pegaso, a la cabalgadura del de la Blanca Luna.

Pero ya todo estaba concluido, Don Quijote había dejado la tierra de los vivos, en sus últimas palabras se reconoció loco y abominó de su vida caballeresca. ¿Hay acaso una victoria mayor que ver al propio rival negándose a sí mismo y a sus logros?

El siniestro brujo no cabía en sí de gozo, había sacrificado toda su vida en pos de la aniquilación del caballero y no sólo lo había conseguido al fin, sino que además su nombre y su memoria se le antojaba que bien pronto caerían en el olvido; en un suspiro la veleidosa memoria de las gentes ya no recordaría detalle de la historia de aquel loco y sus extravagancias. Si acaso cuando alguien leyese sobre él mismo, sobre el gran sabio Frestón, harían quizá mención vaga a una de sus mayores gestas, como fue la destrucción del último caballero andante, un último caballero del que sin duda nadie hallaría recuerdo alguno de sus hazañas ni por supuesto de su nombre.

La lumbre fabulosa que iluminaba la escena parpadeó antes de apagarse para siempre, el poder mágico que la mantenía estaba ya agotada, el hechicero sabía que le restaba poco que estar en este mundo, podía notarlo. Aquella noche había gastado todo su aliento para comprobar antes de desaparecer que su objetivo estaba cumplido y hecho esto reposó satisfecho con la convicción de haber borrado de la memoria de los tiempos

venideros el paso de su enemigo. De ese punto su saber infinito estaba absolutamente cierto.